



Diálogos regionales sobre educación ambiental y cambio climático:

Un viaje colectivo a través del tiempo y el territorio

Natalia Ruíz Rodgers
Consultora

2023

Nombre del proyecto o programa	América Latina para la Educación Climática - ALEC
Organización líder	Fondo Acción
Punto de contacto	elfondo@fondoaccion.org
Autora	Natalia Ruiz Rodgers, Bióloga, MSc. Ciencias Biológicas, PhD Ecología
Aliado	Ministerio de Educación Nacional de Colombia
Coordinación general del proyecto	Oficina para la Educación Climática - OCE
Diseño y desarrollo metodológico	Plataforma Diálogos Improbables
Ilustraciones	Oro Taller
Fecha de esta versión	Julio de 2023
Citación sugerida	Citación sugerida: Ruiz, N (2023). <i>Diálogos regionales sobre educación ambiental y cambio climático: Un viaje colectivo a través del tiempo y el territorio.</i>

El proyecto América Latina para la Educación Climática –ALEC–, liderado por la Oficina para la Educación Climática –OCE–, busca promover la educación sobre el cambio climático en América Latina, a través de la adaptación de recursos pedagógicos al contexto local, el desarrollo profesional de docentes y la creación de una comunidad de práctica. El proyecto se desarrolla a través de dos pilotos, uno en México y otro en Colombia, por medio de una red de aliados expertos en temas educativos y de cambio climático en cada país, de los que hace parte Fondo Acción.

Para alcanzar estos objetivos y fortalecer de manera sostenible y contextualizada la educación climática en Colombia, es necesario trabajar de cerca con el sector público nacional y local, e incidir en las políticas públicas y en la toma de decisiones. Por esta razón, Fondo Acción aceptó la invitación hecha por el Ministerio de Educación Nacional de apoyar el diseño, desarrollo y divulgación de los diálogos regionales sobre educación ambiental y cambio climático, con el fin de recoger ideas y posibles rutas, desde las experiencias educativas de diferentes personas, para la actualización de la Política Nacional de Educación Ambiental.

El resultado de estos diálogos presenta un panorama complejo e inspirador de la educación ambiental y climática basado en la diversidad ambiental y cultural del país, y de los intereses, habilidades y acciones de los diferentes estudiantes y docentes que hacen parte del sector educativo. Además, demuestra el potencial de las comunidades educativas para participar en la definición y puesta en práctica de lineamientos que permitan que la educación sea un medio y un escenario para conectarnos con la naturaleza, conservarla, entender sus cambios para identificar cómo reducir sus impactos o adaptarnos a ellos, y así crear territorios posibles.



Un recorrido por el tiempo

Tal vez deberíamos remontarnos a otro periodo geológico para comenzar a entender la interacción de las personas con la naturaleza, o a otro siglo para recordar las proyecciones de ese entonces sobre los cambios ambientales producto del desarrollo humano y el impacto que tendría en los fenómenos o procesos naturales. Pero no, este viaje lo vamos a comenzar con un relato reciente y próximo a nuestra cotidianeidad, con preguntas que permitan encontrarnos y dialogar sobre nuestro quehacer en la educación ambiental y en la gestión frente al cambio climático.

En Colombia, tenemos registro de acciones a nivel de política para enfrentar los retos asociados al cambio climático a partir de mediados de la década de los noventa, que se incrementaron con los acuerdos globales en la Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) vigente desde 1994, posteriormente el Protocolo de Kioto y más recientemente el Acuerdo de París, y con esto nos comprometimos a realizar estrategias para disminuir los gases de efecto invernadero y promover la adaptación a sus impactos. A partir de ese momento, el país realizó comunicaciones oficiales sobre el cambio climático, que han abordado los compromisos asumidos en la CMNUCC. Entre estos, el compromiso del país en que para afrontar este gran reto es importante trabajar de forma articulada e integral en la promoción de la participación ciudadana, el acceso a la información sobre el impacto del cambio climático, la creación de conciencia, la capacitación, la educación y la cooperación internacional.

Posteriormente, en el 2010, el IDEAM adoptó la Estrategia Nacional de Educación, Formación y Sensibilización de Públicos Sobre Cambio Climático, en la que para cada tipo

de actor se desarrollan tareas y compromisos con el propósito de permitirnos un mejor acceso a la información, la creación de conciencia en individuos y comunidades, el desarrollo de capacidades científicas, la inclusión de temas de cambio climático en la educación, la realización de proyectos de investigación, la participación de públicos en las iniciativas, su ejecución y seguimiento, y el fortalecimiento de la cooperación internacional. En otras palabras, lo que nos permite ver este recorrido es que, aunque han sido primordiales las convenciones mundiales y los acuerdos comunes entre naciones, han sido y son igual de importantes los compromisos individuales que asumimos y respetamos como ciudadanos.

De forma simultánea, los Ministerios de Educación Nacional y de Ambiente trabajaban en la Política Nacional de Educación Ambiental, la cual busca, con criterios de interinstitucionalidad, interdisciplinabilidad, interculturalidad, regionalización, participación, perspectiva de género, igualdad y equidad, proporcionar un marco conceptual con visión sistémica del ambiente y de la formación integral del ser humano.

Dos políticas públicas de origen, tiempo y estilo diferente, pero complementarias, que en común ven la oportunidad de hacer un cambio en los individuos y en las comunidades a partir de motivar, participar, conocer, aprender, aplicar y compartir. Con lo anterior nadie está en desacuerdo, pero ¿qué hemos aprendido y hecho en estos últimos años sobre el rol de la educación en la búsqueda de la sostenibilidad ambiental y en la comprensión y acción frente a los cambios presentes y futuros? ¿Qué tan cerca creemos que estamos de lo deseado?

Quizás es la oportunidad de imaginarnos políticas y estrategias creadas con un visión “de abajo hacia arriba”, desde lo local y los territorios, que permitan un enfoque transformativo con programas a largo plazo y medibles en su impacto, donde la potencialidad de cada actor se vea reflejada en sus compromisos precisos y concretos, pero que, a su vez, la suma de actores nos lleve a nuevos acuerdos. A saber, acciones que permitan profundizar en el conocimiento de las temáticas ambientales propias de cada territorio, como parte estructural de cualquier política pública y estrategia nacional. Estrategias de educación que a su vez sean planteadas desde un enfoque intergeneracional, pero que no descarguen todo el énfasis en los niños y niñas y en su responsabilidad hacia el futuro, porque la educación ambiental y en cambio climático es un hecho que se debe dar en el ahora e involucra a todos, independientemente de la edad, y es parte del aprendizaje a lo largo de la vida.

Por ejemplo ¿comprendemos el fenómeno del cambio climático? ¿Cómo entender los fenómenos climáticos y los efectos del cambio climático que se dan en nuestro terri-

torio? ¿Qué estamos haciendo para afrontarlo? ¿Cómo se relacionan las causas y los efectos del cambio climático con el funcionamiento actual de la sociedad? ¿Cómo podemos construir una sociedad que sea sostenible y resiliente, para el cuidado de la vida humana y de la naturaleza?

Nuestro planeta, más allá de nosotros, funciona como un todo, con diferentes componentes (atmósfera, hidrosfera, litósfera, criósfera, biosfera y antropósfera) y dinámicas propias de los movimientos de agua, de aire, del suelo y de los seres vivos, que interactúan entre sí. Las corrientes marinas y los vientos, desde hace muchos años, nos han permitido construir representaciones de probabilidades frente al clima, que es el conjunto fluctuante de las condiciones atmosféricas que varían acorde al lugar y al tiempo, y que por su complejidad de factores y sus interacciones es muy variable.

Esta capacidad de medición y proyección de probabilidades nos ha llevado a entender que la temperatura en todo nuestro planeta está aumentando, asociada al incremento en la concentración de gases de efecto invernadero en la atmósfera, en parte, por nuestro crecimiento poblacional y las dinámicas de consumo y uso de recursos naturales que ello conlleva. Es decir, no nos equivocamos al afirmar que las acciones de nuestra especie han calentado la atmósfera, el océano y la tierra, causando un incremento en la frecuencia y la intensidad de calores extremos, fuertes precipitaciones y, en algunas regiones, sequías ecológicas y agronómicas, ciclones tropicales, reducción del hielo del mar Ártico y de la cobertura de nieves y glaciares.

Este calentamiento se debe a procesos como la quema de combustibles fósiles, que toma el carbono que estaba atrapado en la tierra por millones de años, sin contacto con la atmósfera, bien sea como carbón, petróleo o gas natural, lo quema y lo convierte en CO₂. También la deforestación, que libera a la atmósfera el carbono que estaba en la biomasa de los árboles al cambiar el uso del suelo y, como nos podemos imaginar, es muchísimo más que el que se produce en el ciclo natural producto de la respiración de los organismos vivos. La acumulación de dióxido de carbono, metano y otros gases crea una barrera en la atmósfera y hacen que el calor se concentre, lo que conocemos como efecto invernadero; este fenómeno, en principio de origen natural y que mantiene una temperatura apta la vida como la conocemos, se ha incrementado por las emisiones de gases de efecto invernadero relacionadas con las actividades humanas, desestabilizando los ciclos naturales del carbono y agua, y afectando la capacidad de auto-regulación del clima.

Con esto, incrementamos la variabilidad y la incertidumbre en los elementos climáticos, tales como la temperatura y la precipitación, lo cual, como un búmeran, resulta en

cambios adicionales en el clima, fenómenos climáticos extremos, aumento del nivel del mar, deslizamiento de suelos y la extinción masiva de especies en los ecosistemas. Los impactos del cambio climático tienen como efecto la pérdida o degradación de condiciones para la habitabilidad de sus pobladores, van a generar escasez de alimentos y agua, desplazamientos y migraciones, que pueden propiciar conflictos sociales y políticos en cualquier lugar del planeta, problemáticas de salud, pérdida de productividad económica, entre otros.

Pero, poco a poco hemos asumido que podemos tomar acciones para mitigar el impacto y para adaptarnos al cambio climático. Por ejemplo, si la temperatura del planeta está aumentando y se proyecta un incremento entre 1,5 y 2,0 grados Celsius durante los próximos años, por efecto de los gases invernadero, entonces, al promover acciones que eviten la deforestación evitamos un incremento mayor y mitigamos el impacto. Pero, supongamos que finalmente aumenta los dos grados Celsius, esto acelerará procesos de desertificación, con pérdida de la cobertura vegetal y degradación de suelos; entonces, debemos prever rápidamente y comenzar procesos de restauración de ecosistemas en aquellas regiones donde por causas antrópicas, la tala de árboles y los incendios están afectando en mayor grado, como respuesta adaptativa a los impactos del cambio climático.



Por lo tanto, podemos decir que, aunque el cambio climático es global, las acciones de mitigación y adaptación son locales, porque dependen de las características del paisaje, los ecosistemas, las especies que lo habitan, la interacción del ser humano con estos a través de las dinámicas económicas, sociales y culturales.

Por esto, es momento de abrir el abanico de posibilidades y continuar nuestro viaje a diferentes contextos ambientales y sociales de Colombia, como una experiencia de aprendizaje, para visualizar oportunidades de trabajo colectivo a partir del diálogo, con un ejercicio participativo desde las experiencias individuales, la diversidad de saberes y con un enfoque de construcción colectiva. Es decir, un diálogo entorno a la educación ambiental y en cambio climático desde diferentes aspectos el emocional, la incidencia de actores, la gestión de conocimiento, las relaciones con el contexto, intersectorial y gobernanza, democracia y justicia ambiental-, que entienda la educación ambiental como un proceso dinámico, adaptable y transformador de la sociedad en el cual participan diferentes actores en distintas escalas, desde sus múltiples experiencias para la gobernanza ambiental y el bienestar de la comunidad.

Los diálogos permiten ver la necesidad de buscar el encuentro entre actores en cada región para dar la posibilidad de articular esfuerzos, integrar los enfoques para la toma de decisiones, lograr la transversalidad académica, organizacional y generacional, y encontrar elementos comunes en los marcos pedagógicos. Buscar la participación amplia de diversos actores, como podrían ser las niñas, niños y adolescentes, familias, Cabildos Indígenas, Juntas de Acción Comunal, representantes del sector productivo, las autoridades ambientales regionales, el SENA, el IDEAM, el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible y el Ministerio de Educación Nacional, entre otros.

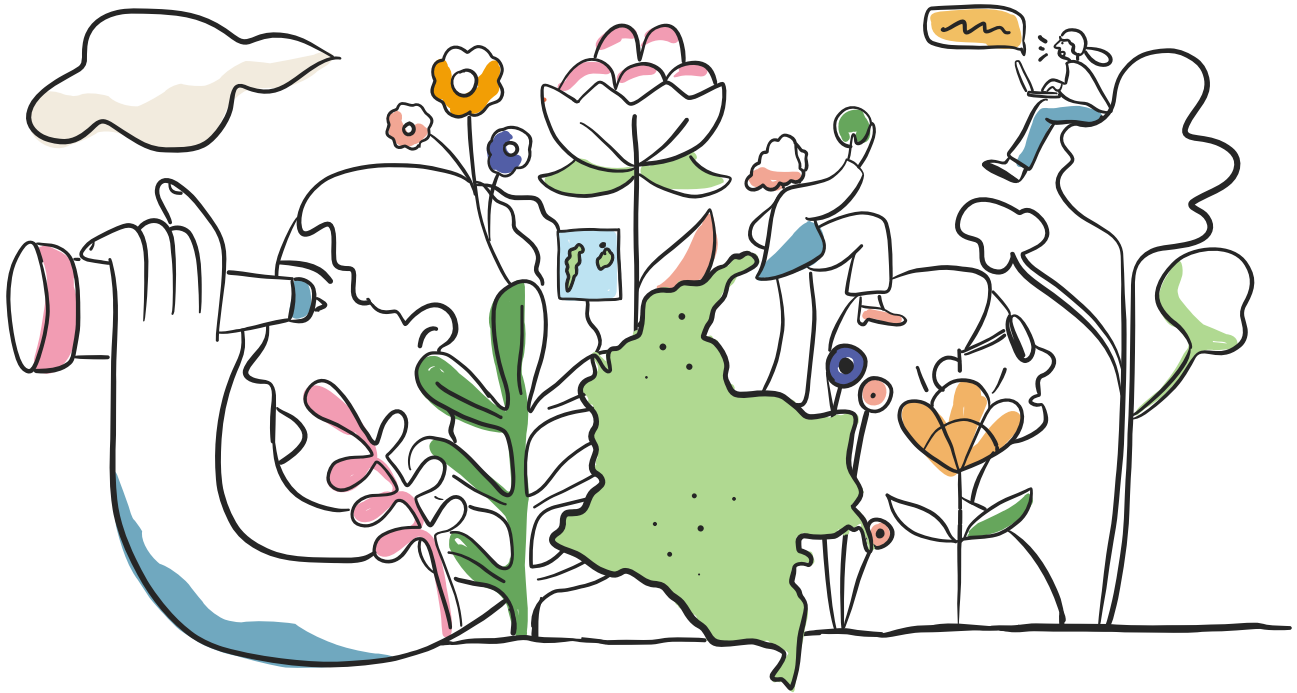
Dialogar desde la diferencia también demuestra la necesidad de conectar las acciones sobresalientes del presente, como son las redes de cooperación, el aporte a los Objetivos de Desarrollo Sostenible y el amor por el medio ambiente, con lo que deseamos en el futuro, en la transformación de los currículos para que incluyan la mitigación y adaptación al cambio climático, el intercambio de saberes y la visión de justicia climática, entre otros.

Bienvenidos a esta correría, en la que convocados por el Ministerio de Educación Nacional (MEN) , con el apoyo de Fondo Acción y ASCUN, se realizaron en septiembre del 2022 seis talleres regionales en los que participaron 130 personas de manera presencial y virtual, representando los diferentes ámbitos y niveles del sistema educativo colombiano -educación inicial, preescolar, básica, media y superior-, además de las Secretarías de Educación municipales y departamentales, el Ministerio de Educación Nacional,

el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible y de algunas organizaciones sociales o instituciones que acompañan los procesos educativos formales.

Estos diálogos buscaron recoger conocimientos, saberes, lenguajes y experiencias de las diferentes regiones del país alrededor de la educación ambiental y la educación climática. Nos adentramos entonces a conocer los resultados de estos encuentros que se configuran en experiencias que inspiran.

Poco a poco nos vamos alistando para estas jornadas de diálogo, con el corazón colmado de alegría por tener la oportunidad de estar invitados a conversar, a compartir experiencias, a validar conocimientos e imaginar nuestro futuro. Con una pausa, para observar el entorno, sentir la humedad del páramo, la brisa del mar o la frescura del río, siempre dejándonos envolver por las maravillas de la naturaleza, pero con la conciencia de que los problemas ambientales y los riesgos por el cambio climático están ocurriendo en este momento y hacen parte de nuestras vidas y que, con una mirada positiva y propositiva, podemos actuar y transformar situaciones ahora.



Un recorrido por las regiones

Nuestro viaje a través del tiempo también es un recorrido por las regiones, por su historia, su diversidad y su desarrollo. Es un tramo obligatorio si queremos entender la importancia de la educación ambiental y la comprensión del cambio climático como un fenómeno global, pero que nos impacta de forma diferenciada y con múltiples posibilidades de acción puntuales para la mitigación y la adaptación. Es una oportunidad para acercarnos a cómo desde la educación ambiental se contribuye a la apropiación y construcción de territorios.

Las seis regiones visitadas nos muestran la necesidad de identificar los diferentes matices en cada una y los desafíos por afrontar, acorde a los mapas de presente y futuro contruidos a muchas manos, desde la experiencia del individuo hasta la complejidad del ecosistema y el enredado entretejido de la gobernanza regional.

Quizás podríamos hacer un alto en el camino y declarar que todas nuestras regiones tienen como principales desafíos desde la educación la formación de formadores, la transferencia de capacidades, la investigación, la formación con enfoque étnico y de género, la participación ciudadana, la continuidad de las iniciativas, la toma de decisiones, el apoyo técnico y la conectividad. Sin embargo, una exploración más profunda y contextualizada tiene la capacidad de sorprendernos y maravillarnos.

Cuando llegamos a la Amazonía y a la Orinoquia, nuestros ojos recorren la inmensidad de un mar verde, como bien lo describió Humboldt, que entre sabanas, selvas, mori-

chales y ríos nos embruja con su capacidad de construir una agenda conjunta en redes interinstitucionales, con un enfoque de ciencia participativa, donde la formación y la etnoeducación permiten aportar a los Objetivos de Desarrollo Sostenible propuestos en la Agenda 2030. No obstante, su inmensidad territorial y su diversidad poblacional, nos recuerda la importancia de construir con las comunidades, con su diversidad de saberes en un esquema “de abajo hacia arriba”, lo cual nos llevará a la comprensión de mecanismos de gobernanza ambiental y de medición del impacto de las acciones, a la formulación e implementación de políticas conjuntas, a un mayor acceso a la información y a una mayor investigación en temas estratégicos. Por ejemplo, si nos concentráramos en entender el impacto de la deforestación en el cambio climático o el impacto del manejo de las serpientes en la biodiversidad, tendríamos un panorama más completo para tomar nuevas acciones en educación ambiental.

Pasamos por el sur del país a la región Pacífico, que nos recibe con un paisaje frondoso, el entretejido del agua entre ríos y mares, los árboles de mangle abrazados entre ellos y, como música, nos seduce el conocer que las acciones para el cuidado de los ecosistemas están integradas a la cultura de la población, a los saberes ancestrales, a los productos naturales. Con procesos de etnoeducación que de una manera poderosa conectan las tradiciones culturales ancestrales de las comunidades con el cuidado de la naturaleza.

Saber que el plan de estudio en las escuelas está articulado al plan ambiental, que el campus universitario es un laboratorio vivo y que todo contribuye a una visión transversal e integradora que aporta a los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Pero esto no es suficiente, tienen grandes desafíos en la apropiación de la educación ambiental en los maestros de las escuelas públicas, en las alianzas entre actores en el territorio, en tener proyectos con inversiones sostenibles y con el apoyo del sector productivo.

Estar en el Pacífico es comprender el cambio climático desde la realidad cotidiana de sus habitantes, donde los ejemplos se viven con las inundaciones, los vendavales, las oleadas de calor, la deshidratación, los cultivadores de aguas y aguas lluvia, o simplemente, tratando de entender cómo se debe adaptar la infraestructura de las escuelas para las consecuencias y efectos del cambio climático.

Afortunadamente, la fortaleza de su gente les permite soñar con una educación ambiental y en cambio climático, que cuente con información en los territorios, con lazos internacionales, con programas que permitan la continuidad, que sea experiencial y transversal, con investigación ambiental comunitaria; en fin, una educación ambiental para todos los sectores de la sociedad y con planes vinculantes para acciones concretas.



Al navegar por nuestros mares, llegamos a la región Caribe: entre grandes montañas nevadas, bosques secos y desiertos que no guardan secretos y comparten un mundo de diversidad biológica. Aquí nos encontramos una caja de herramientas en cambio climático para la primera infancia; proyectos de reforestación y recuperación de especies nativas y un gran trabajo en la valoración de la diversidad y el impacto del ser humano que nos permite aportar a los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Pero aún nos falta, necesitamos más articulación entre las escuelas de los diferentes municipios, más articulación entre las entidades públicas y privadas, más estabilidad entre cambios de gobierno, más construcción de tejido social para el desarrollo ambiental. Esto nos permitirá fortalecer las políticas públicas, los Comités Técnicos Interinstitucionales de Educación Ambiental, la formación de maestros y la consecución de recursos, que son la base para pensar una educación ambiental transversal, con pensamiento crítico, con capacidades para la acción en cambio climático y para dispersar la semilla de la conciencia ambiental.

El día a día de sus pobladores clama por una educación ambiental en la que se estudie la segmentación de los caños, la contaminación química, el uso de plásticos, las enfermedades por vectores, el jaguar, la conservación de especies nativas y la restauración ecológica. De esta forma, su relato y sus acciones se concretarían como aporte a las futuras generaciones.

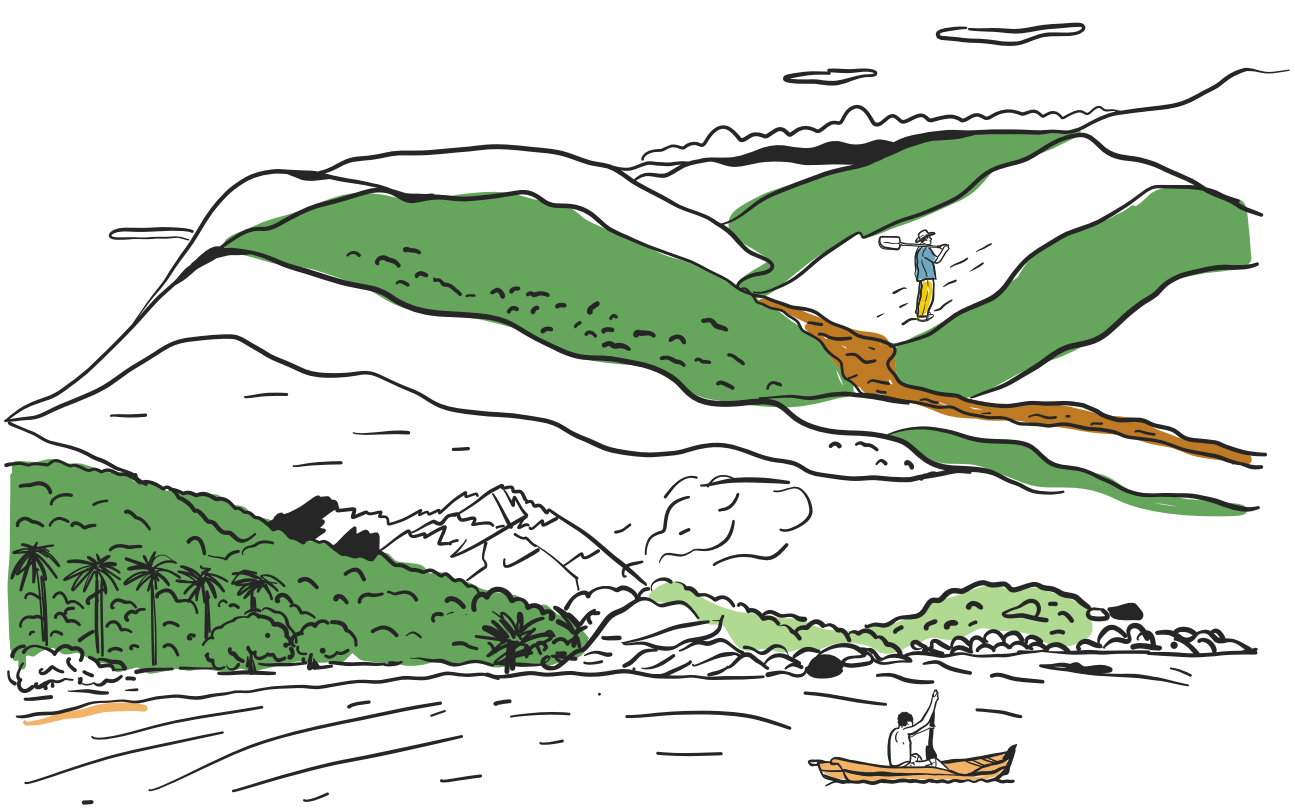
Vamos, poco a poco, adentrándonos en nuestras montañas y valles para llegar a la región Centro, representada por Boyacá, Santander y Tolima. Aquí, las montañas parece que tocan el cielo y los páramos resplandecen, y nos fascina su desarrollo de proyectos en investigación ambiental que aportan a los Objetivos de Desarrollo Sostenible; su conocimiento de variables climáticas y manejo de datos; el trabajo de su Comité Técnico Interinstitucional de Educación Ambiental y la Mesa Técnica Agroclimática, así como la vinculación de los diferentes gremios y la articulación entre la educación básica, media y superior. Con el empuje de sus habitantes, nos hace imaginar una educación am-

biental y en cambio climático que se desarrolle desde la investigación con estudiantes y que sus productos lleguen a los territorios, en temas tales como la conservación, la biodiversidad, la importancia de los ecosistemas, la agroecología y el turismo de base comunitaria. Allí, la colaboración y la articulación institucional permiten potenciar los recursos, integrar la etnoeducación y comprender que la educación ambiental tiene un carácter transversal y multidisciplinar que transforma nuestra sociedad.

Luego, el aroma a vida, fresca y dulce, entre bosques andinos y bosques de niebla, nos lleva a Antioquia y al Eje Cafetero, donde nos conquista su capacidad para crear alianzas estratégicas, integrando al sector público con el sector productivo, construyendo un mapa de actores en el relacionamiento ambiental, sus alianzas internacionales, los proyectos de su Comité Técnico Interinstitucional de Educación Ambiental, su Mesa de Gestión de Cambio Climático municipal, su énfasis en diálogo de saberes y apropiación social del conocimiento que nos llevan a aulas abiertas y expediciones climáticas. Sin embargo, nos evidencian nuevos retos en el tiempo, comenzando con nuevas formas para compartir la información, un mejor seguimiento a planes y programas, la alfabetización climática, una actualización en la formación de docentes en cambio climático, la generación de pensamiento crítico ambiental en niños, niñas y jóvenes; pero, sobre todo, el desafío de comprender el ambiente a partir de la multidisciplinariedad y la interrelación de actividades, para que todo esto nos lleve a entender el territorio como un aula viva en la cual aprendemos a lo largo de nuestras vidas.

Por su desarrollo científico y tecnológico, esta región nos enseña la importancia de fortalecer los centros de investigación en temas relevantes, tales como el manejo de residuos sólidos, la salud mental y su relación con el ambiente, y la biodiversidad y conservación de ecosistemas.

Por último, volamos a Bogotá, y aquí la niebla se descuelga por los cerros, brilla intensamente el sol y, poco a poco, nos embelesa la convergencia de diversos actores estratégicos creando comunidades de aprendizaje y usando metodologías participativas para conversar sobre metodologías campesinas, ecología feminista y justicia climática. No obstante, es evidente la necesidad de un mayor esfuerzo en la comunicación, en el reconocimiento y diálogo de saberes, y en las capacitaciones a docentes, administrativos, jóvenes, niñas y niños para fortalecer la práctica pedagógica entre actores y comunidades. Esta enorme ciudad requiere de políticas públicas en temas ambientales, con indicadores concretos que faciliten un seguimiento y una evaluación constante. Sin olvidar la importancia de trabajar e investigar en temáticas ambientales, tales como la agroecología, los sistemas hídricos, el manejo de residuos y la biodiversidad.



Puntos de convergencia de nuestros viajeros regionales

Viajando en un espiral concéntrica, como la concha de un caracol, por las regiones de nuestro país, podemos compartir lo que hacemos, lo que necesitamos y lo que soñamos para el desarrollo de una política en educación ambiental y en cambio climático. Una síntesis de la convergencia en acciones, proyecciones y posibilidades de transformación, usando el diálogo en los seis talleres como instrumento para continuar con los procesos de formulación de política pública en educación para contribuir con la transición hacia la sostenibilidad.

Tenemos una gran oportunidad de integrar la Política Nacional de Educación Ambiental y la Estrategia de Educación, Formación y Sensibilización de Públicos en Cambio Climático para crear una política pública que, con base en los estándares internacionales, tenga un mayor énfasis en lo local, en la sistematización y acceso a la información, un desarrollo de la investigación, una formación en competencias para la toma de decisiones –por parte de directivos, técnicos y público en general–, una consolidación de alianzas nacionales –que incluya el sector productivo– y una articulación con la cooperación internacional. Adicionalmente, es preciso que diferencie responsabilidades y compromisos acorde al tipo de actor, que defina los mecanismos para la planeación, ejecución, seguimiento y evaluación de las acciones que se propongan y que incluya temas ambientales relevantes acorde a la región. Hay un gran reto de fortalecer la participación, de forma que los distintos actores sociales sean agentes transformadores en la apropiación y construcción incluyente de territorios sostenibles.

Posiblemente sea necesario diferenciar y priorizar más. Esto nos permitirá tener una visión más profunda del problema con el fin de poder plantear acciones concretas y oportunas. Quizás, ayudaría crear una ruta de acción para afrontar el cambio climático pensada más desde el territorio, con los diversos aspectos culturales de sus habitantes, con sus diferentes ecosistemas, donde la combinación de estos dos factores permita la participación ciudadana, desde la apropiación y la autogestión de proyectos con un enfoque transformativo.

Lo anterior representa un lugar en el que la educación, formación y capacitación, tienen como hilo conductor el aprendizaje de la importancia del relacionamiento de factores y su efecto, a diferentes niveles, en diferente momento y de una forma integrada. De esta forma, los compromisos se traducen en metas e indicadores que, más allá de la cantidad de actividades o participantes, permiten ver el efecto o el impacto de las acciones en lo que queremos transformar, esto es: más que iniciativas y proyectos dispersos, es ideal que podamos encontrarnos a través de programas con recursos definidos que nos den continuidad en el tiempo, a corto, mediano y largo plazo.

Se trata de crear una política de educación ambiental y en cambio climático para todos, para todos los grupos poblacionales, las generaciones y los diferentes géneros, en las familias, la escuela, la universidad, la empresa, las instituciones del estado, en lo rural y lo urbano, para el continente, las islas y los océanos.

Así, ante las dificultades comunes, que hemos encontrado a lo largo de este viaje, podríamos partir por lo difícil que es el acceso de los públicos a la información sobre el impacto y las oportunidades asociadas al cambio climático y sobre lo que hacemos en educación ambiental. Una nueva propuesta podría incluir la creación de un comité técnico de análisis y evaluación de la información que formulara la ruta para el desarrollo de los diagnósticos, los inventarios, las nuevas bases de datos y su integración, la sistematización de los Proyectos Ambientales Escolares (PRAE) y los Proyectos Ambientales Universitarios (PRAU) pero especialmente sobre la estrategia de visualización de datos y proyecciones pensadas para diferentes públicos.

El mayor inconveniente con relación a la participación ciudadana es que, aunque existen mesas y metodologías participativas, no hay responsabilidades claras desde las autoridades públicas; por lo que crear los mecanismos de gobernabilidad y ordenamiento en el territorio y mesas de trabajo, con agendas y seguimiento a las tareas, nos permitiría una mejor apropiación y autogestión de las iniciativas, con un mayor énfasis en la etnoeducación, en el conocimiento de los saberes ancestrales, tradicionales y ciudadanos, pero sobre todo en recurrir a la cultura y al arte locales como vector de conocimiento.

Para esa inmensa necesidad de sensibilizar y crear conciencia, podríamos seguir produciendo guías, manuales y material didáctico para todos los públicos, pero la principal barrera es llegar a más personas, con un lenguaje apropiado, claro, pragmático, experiencial, ejemplificador y que permita la apropiación social del conocimiento. De esta forma, se proporciona una mayor comprensión de la complejidad del sistema climático y se genera una mejor gobernanza en los territorios.

En el componente de educación, parece una gran complicación lograr la transformación del currículo. ¿Será necesario seguir insistiendo en incluir cursos de educación ambiental en el currículo, en los diferentes niveles de formación? ¿O mejor establecemos las competencias que un estudiante debe tener al terminar su educación básica, media y superior que le permitan conocer, comprender y promover soluciones a temas ambientales y en cambio climático? Ayudaría mucho entender y desarrollar la competencia del pensamiento crítico ambiental, acompañada de cátedras multidisciplinares de contexto pertinente, en las que se desarrolle de forma transversal la educación en este ámbito. Todo esto, bajo el marco de unos criterios establecidos para la calidad de la educación ambiental en todos los niveles escolarizados.

Actualmente, la principal herramienta de la política pública para aterrizar en la realidad del día a día de la educación formal son los proyectos ambientales, bien sea en la escuela (PRAE) o en la universidad (PRAU). Este diálogo nos enseña que los PRAE necesitan estar más articulados al currículo, fomentando el pensamiento crítico, desarrollando la problemática desde la práctica y convirtiéndose en un eslabón entre el aula y las comunidades. Siempre y cuando, tengamos rutas y guías claras, redes de cooperación entre maestros, financiación y seguimiento a los resultados. Por su parte, los PRAU son una herramienta de adopción voluntaria para las Instituciones de Educación Superior, que lograrían la formación en competencias para la sostenibilidad, el manejo de uso de datos y el fortalecimiento de líneas y grupos de investigación, para lo cual las IES podrían desarrollarse como laboratorios ambientales, con observatorios de cambio climático y sellos de ecouniversidades.

Prácticamente en todas nuestras regiones hay una gran limitación en la estrategia de las capacitaciones, a todo tipo de actor, pero principalmente a las y los maestros. Por lo tanto, es necesario pensar en la renovación ambiental, contextualizada al territorio, con cursos, eventos, concursos, juegos, cajas de herramientas y diferente material didáctico. Pero para llegar a todos, y especialmente a los docentes, es necesario ampliar la oferta de formación (diversa, pertinente y de calidad), desde las diferentes Escuelas Normales e Instituciones de Educación Superior.

Así pues, el componente de la investigación juega un papel estratégico en lo que queremos lograr, y su mayor restricción, además del financiamiento para la continuidad de los proyectos, es la falta de direccionamiento estratégico a nivel nacional. Se podría pensar en un comité asesor científico de alto nivel que dé la ruta para la integración con los diferentes sectores de la sociedad, para la generación de conocimiento en nuevas temáticas ambientales o en las que ya conocemos pero se debe propagar más, como la restauración ambiental, la justicia ambiental y sobre la matriz energética nacional. Se podrían tener productos de investigación que permitan la apropiación social del conocimiento y el desarrollo en los territorios para la producción orgánica, el turismo con base comunitaria, la valoración de la biodiversidad y las soluciones basadas en la naturaleza.

Por último, las alianzas nacionales y la cooperación internacional son fundamentales para el trabajo colectivo a largo plazo, pero presentan varias restricciones a nivel regional, nacional e internacional. Se han construido redes y agendas conjuntas en las diferentes regiones, pero se necesita un trabajo más articulado entre los Ministerios, especialmente entre el Ministerio de Educación Nacional, el de Ambiente y Desarrollo Sostenible y el de Ciencia Tecnología e Innovación. A nivel nacional, ayudaría tener una política pública, conjunta, que dé condiciones para la gobernanza climática territorial y de paso disminuya las tensiones entre el sector productivo y las comunidades, que se presentan sobre todo a nivel regional. A nivel internacional, serviría tener de forma explícita los mecanismos para el trabajo conjunto con países y agencias cooperantes en temas ambientales.



Este recorrido regional nos muestra que al contextualizar los esfuerzos territoriales se logran unos objetivos más precisos, con metas diferenciadas, una mayor articulación entre los entes del Estado, una perspectiva institucional y una visión integral de los diversos actores de la comunidad. De esta forma, lo anterior se traduce en planes de desarrollo dinámicos, rutas ambientales, bitácoras climáticas y políticas públicas regionales, que, a su vez, tendrán el efecto positivo de convertir diagnósticos y predicciones en acciones concretas, que permitan mitigar y adaptarse a los impactos del cambio climático.

Llegamos así a nuestro destino final, donde el tiempo, el espacio y el diálogo nos muestran la riqueza de las divergencias y las convergencias para promover una educación ambiental y en cambio climático que nos permita actuar en nuevos escenarios.



Somos un fondo privado colombiano con 22 años de experiencia en inversiones sostenibles en ambiente y niñez. Detonamos oportunidades y generamos conexiones que faciliten el aprendizaje y trabajo colectivo dentro de la organización y con otras instituciones tanto públicas como privadas.

(+57) 1 285 3862 ext 101 • Cra 7 N° 32 - 33 piso 27 • Bogotá - Colombia

 @FondoAcción • www.fondoaccion.org